

PRIMER APOTEOSIS

Mientras en México se desarrollaban tan importantes sucesos, verdadera paz octaviana reinaba en Juárez.

Acudía Don Francisco I. Madero, con exactitud cronometrada á su despacho de la Aduana, donde trabajaba toda la ma-

y con seguridad, nadie sabía, á ciencia fija, la fecha de partida definitiva.

En Juárez sólo quedaban unos quinientos hombres á las órdenes del recién nombrado Jefe de las Armas, General José de la Luz Blanco, y la vida normal de la his-



Aspecto de la sala del banquete en el «Toltec Club»

ñana, empleando la tarde en otros menesteres propios de su elevado cargo, (pues aunque renunciara á su provisional Jefatura de la Nación) seguía de hecho siendo el Presidente del Norte de la República.

Respecto á su marcha á México, circulaban cada día versiones contradictorias,

tórica ciudad renacía, como el ave fénix, de las propias cenizas del combate que tan mal parada la dejara.

La ceremonia del cañón, anteriormente descrita en otro capítulo, fué el último hecho de relieve á consignar, y á la sazón (últimos días de mayo) el aburrimiento y anhelo de huir de allí, hacía presa



General José de la Luz Blanco